

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. Hija, esposa y madre, continuacion, por Maria del Pilar Sinués de Marco.—En el album de Maria del Pilar Sinués de Marco.—Soneto, por don Ventura de la Vega.—Carta á un amigo, conclusion, por D. Jerónimo Lafuente.—Margarita de Servan, continuacion, por la condesa de Mirabeau.—Soneto, por don Ventura Ruiz Aguilera.—El lucero de la tarde, continuacion, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Espluccion y aplicacion del figurin, por Pamela.—LÁMINA.—Un figurin de modas.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XII.

MÉLIDA Á MADAME HONORA.

Urrea de Jalon, julio 18...

¡Y qué, amiga mia! tan grave, tan irreparable desgracia sería el ser amada de Juan Bautista, y aun el que le amara yo? ¿posible es que usted tan bondadosa, tan sensible, tan justa, niegue el poder amar con nobleza á este jóven campesino?

Yo, por mi parte, creo que el mas agradable para marido es el hombre mas honrado, el mas recto en su modo de pensar, el mas noble en sus acciones, y me parece que este jóven, es un modelo de probidad y de nobleza.

Pero dejemos esto, porque, amiga mia, ni hay motivo para que su tierno cariño se alarme, ni menos para que yo escuse un afecto que no existe, y que tal vez no existirá jamás.

Hablemos ante todo de Clara, de mi hermana á cuyo lado voy á vivir por fin despues de tantos meses de triste separacion.

Mi querida señora, forzoso es que yo abra á V. mi corazon, y le alivie así de una pena que le llena y le acongoja; creo que mi hermana ama al hijo de la mariscala; pero creo tam-

bien que él no está enamorado de mi hermana, sino alucinado por el reflejo de esa pasion que luce deslumbradora, y que le envuelve de un modo que no deja lugar á reflexionar.

¿Y sabe V. por qué digo esto? porque oigo cada dia á la mariscala, y aun á todos los criados antiguos de la casa, hablar del carácter de César: dicen que ha sido toda su vida fantástico, exajerado y voluntarioso: que todo lo nuevo le seduce, y todo lo que posee le cansa; que se deja dominar por la ociosidad, que está lleno de vanidad y de caprichos, y que es propenso á esa amarga melancolía, que mas bien merece el nombre de hastío, y que nada deja ejecutar con placer.

¿Qué esposo para Clara! ¡para esta Clara arrogante, altiva, dominante, soñadora á su vez y tan despegada de la vida real! ¡qué porvenir para mi hermana, si uno de los dos no cede siempre y disimula al otro!

Amiga mia, yo creo dos cosas, y V. ha de dispensar á mis pocos años y á mi ignorancia del mundo si es errónea mi opinion: creo que en el matrimonio, si el esposo y la esposa son tolerantes, pueden estos vivir en paz, aunque tengan graves defectos; pero si es uno solo el de condicion suave, el otro debe ser constantemente la víctima.

¿Cuál de los dos lo será aquí? ¿César? no: la paciencia es para él una virtud desconocida.

¿Clara? sin duda que tampoco: ella es buena en el fondo, pero jamás cederá en cuestiones de amor propio.

Dejemos este asunto en manos de Dios y en las de mi madre, y volvamos los ojos á esta preciosa aldea, cuadro risueño y encantador que incesantemente admiro.

Hay aquí un vicario, modelo de sacerdotes, y al que no me canso de escuchar: ¡qué hermosa es la religion, qué grande, qué sublime, qué serena, cuando la acompaña la bondad! este sacerdote, perfecta imagen de Jesucristo, halla para todos palabras de amor: jamás amenaza

24 DE JUNIO DE 1864.

con los castigos eternos, y desviando el pensamiento de la justicia divina, solo hace pensar en la misericordia: predica la virtud con buenas y dulces palabras, y aun mas con el ejemplo: no hay nadie aquí que viva tan modesto, mejor diré, tan pobremente como él; y á no ser por su hermana doña Casilda, que le regaña, daría cada día á los pobres sus propios vestidos.

Valentina me pintaba á este santo anciano con los colores del ridículo: ¡oh, qué triste debe ser el ver todas las cosas por su lado negro! esta infeliz criatura tiene esta desgracia: nada escita en ella esa consoladora admiración que arranca lágrimas á los ojos y sonrisas al corazón! ¡pobre Valentina! ¡qué terrible desgracia la aqueja!

He acabado de convencerme de una cosa que ya sospechaba: y es que á los que son desgraciados, por su culpa, nadie los compadece: he aquí á la pobre Valentina, que ya no puede contar con el amor de su padre, ni con la compasión de ninguno de los amigos de su casa: su pena es un insulto para estos buenos aldeanos: su ociosidad un mal ejemplo para las jóvenes; la llaman *la señorita*, dictado burlesco, y que, sin embargo, tan bien se adapta á la delicada organización de Valentina: ni aun su encantadora belleza tiene para ellos ningun atractivo, pues para desgracia suya, les ha llegado á ser completamente antipática.

¡Qué diferencia entre las dos hermanas! María es mucho menos bonita, y sin embargo, tiene media docena de pretendientes donde elegir: sus maneras son casi rústicas, si bien templadas por una dulce humildad: dá alegría mirar su pequeña figura gruesa, sus ojos azules, su boquita de coral y perlas; está dotada de una actividad extraordinaria: ayuda en las faenas de la cocina á la criada que nos sirve: cose, aplancha las camisas de su padre, cuida de las gallinas y de la lechería: la aurora la halla cada día peinando sus espesos cabellos rubios, que alisa con agua, y que adquieren con ella tan puro y hermoso color dorado.

Esta niña es hoy el consuelo de sus padres, y el día en que se case hará la dicha de su marido.

Juan Bautista ha dejado de venir: su padre dice que está triste y desmejorado: antes de ayer, domingo, le ví en misa, rezando por la tarde á la hora de vísperas: estaba vestido con mas cuidado que de costumbre; su levita antigua habia sido reemplazada por otra nueva y de buen gusto: es un jóven gallardo, de elevada estatura, delgado, con un semblante espresivo, dulce y tranquilo: si hubiera nacido en otra clase, pocos podrían sostener con él la comparacion.

Iba yo con la señora Marta; conservo, mi querida amiga, aquella afección á pasar, durante

el día, algunas horas en la iglesia: la casa de Dios tiene para mi alma un encanto indecible: aquel silencio, aquella soledad, el perfume de las flores, la frescura del ambiente, disipan en derredor mio las sombras de la existencia: ahora que mi madre está lejos, es mi confidente la Virgen Santísima, á la que tan tiernamente he amado toda mi vida.

Juan Bautista nos vió, y se puso colorado... ¿mas para qué le hablo á V. de él? yo quisiera olvidar que existe, amiga mia..., y sobre todo, deseo que venga mi madre para que lea en mi corazón unas páginas que yo no sé descifrar...!

Valentina me encarga que la salude, y la abraza su apasionada MÉLIDA.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EN EL ALBUM

de María del Pilar Sinués de Marco.

En estas largas soledades mías.
A que tenaz dolencia me condena,
Bálsamo han sido de mi amarga pena,
Pilar, tus deliciosas poesías.

Al compás del afecto que sentías
Temblaba el alma de emociones llena,
Probando, ora abatida, ora serena,
Vivos dolores, puras alegrías.

Y pues nunca consuelo busco en vano
En tus versos, Pilar, ni nunca siento
Mi semblante de lágrimas enjuto;

Hoy, al volver el album á tu mano,
Déjame aquí rendir á tu talento
De justa admiración digno tributo.

VENTURA DE LA VEGA.

CARTA Á UN AMIGO.

(Conclusion.)

Aun no sabia yo aquella noche, pues era recién venido, que en Madrid á los hombres de estas circunstancias se les llama tontos. ¡Cuanto te digo que voy aprendiendo mucho, querido Juan!

«Y si Pepe es hoy día un hombre extraordinario, ¿será difícil, continuando las cosas como van hoy, que llegue día en que sea una celebridad?»

Yo tengo para mí, y no creo exagerar, que llegaría día en que á los hombres, como Pepe, se les elevarán estatuas para perpetuar su memoria.

Pepe será un héroe digno de una estatua, dentro de algunos años, solo por su conducta, en realidad nada extraordinaria, con los inquilinos de sus casas.

Mas aun, tengo la seguridad de que nuestros nietos tendrán á Pepe por un hombre superior á su siglo.

Los nietos de nuestros nietos dudarán de su existencia, y antes de quinientos años, Pepe no será otra cosa que una creacion fantástica, un ser mitológico.»

Al llegar aquí, amigo mio, me dijeron que exageraba.

«Oí! acá, les dije; ¿no hemos visto poco tiempo há, que á uno que se encontró un bolsillo, faltó poco para que se le levantara una estatua, por haberlo devuelto á su dueño, únicamente por haber observado el sétimo mandamiento?

¿Es mas meritoria esta conducta que la que observa Pepe hace diez años?»

¿Querrás probarnos, preguntó Luis, que se ha hecho mal al dar un premio á ese hombre?

«No diré tanto. No censuro que el premio se haya dado; censuro la necesidad de darlo para que los que en adelante se encuentren algo, lo devuelvan á su dueño, al ver en perspectiva un buen hallazgo.

Después de haber oido los elogios pro ligados á la honradez y probidad del hombre extraordinario, que no quiere un bolsillo, porque para poseerlo, tiene necesidad de hurtarlo, ¿no se os ha ocurrido un *ubinam gentium sumus*, mas sonoro, mas elocuente que el del mismo Ciceron?

Supongamos que tenemos poder bastante para volver á la vida á un hombre muerto antes del diluvio, por ejemplo, y que al tal hombre, en estado de oírnos, le leemos un párrafo de un periódico, que dice poco mas ó menos:

«Se ha concedido á Fulano de Tal, la cruz de Cual, en premio de un grande é inusitado rasgo de honradez, de desprendimiento y de probidad. El señor Tal, empleado con un escasísimo sueldo que apenas basta para cubrir sus primeras necesidades, ha devuelto á su dueño la cantidad de tantos miles de duros que se encontró en la calle el día tantos. Rogamos á la prensa toda, que haga público tan sublime rasgo de abnegacion y generosidad, para que sirva de ejemplo, etc., etc., y que pida con todas sus fuerzas un premio que baste á cubrir con holgura las necesidades de este hombre que no ha querido enriquecerse con un dinero que no le pertenecía, etc., etc.»

Además de esto, podríamos contar á nuestro hombre, si las habia, porque no hacen falta, algunas circunstancias especiales del caso, por ejemplo, que no faltó quién le vió bajarse á cojer la cartera; ó que el dueño de los billetes de Banco contenidos en ella, tenia apuntado de an-

temano el número con que cada uno estaba señalado; ó que el ver á un pobrete enriquecerse de la noche á la mañana, sin haber sido contratista ó director de alguna sociedad de crédito, podia dar lugar á sospechas que el dueño de la cantidad tal vez convirtiera en pruebas, etc., etc.

¿Qué creéis vosotros que diria el hombre antdiluviano?

¿Tendria algo de particular que preguntase asombrado y mirando con recelo á un lado y á otro, si el periódico que tal decia se publicaba en un país de ladrones?

Lo lógico es que dijera esto, al ver que los no ladrones, los que cumplen con su deber sencillamente, son dignos de premios.

—No, señor, le contestaríamos, está usted en un país civilizado, amiguito, es usted un ignorante y no sabe lo que se pesca.

El hombre antdiluviano diria espantado:

—Ustedes dispensen.

Y se volvería á su hoyo.

Quando yo sea diputado he de proponer al Gobierno para una gran cruz á una mujer casada que me envió á paseo uno de estos días, por haberla dicho cuatro chicoleos. Esto servirá de ejemplo á las demás.

—Señor mio, me dirán á la vez cien mujeres casadas, esa señora no hizo mas que cumplir con su deber, y el premiarla seria calificarnos á todas de mujeres de poco mas ó menos.

—Tendrian ó no razon?

Por mi parte, apenas tenga disponible un puñado de duros, demando de injuria al gobierno, porque soy un ciudadano tan honrado como el primero, y al premiar á los no ladrones y al no premiarme á mí, me está diciendo tácitamente que soy un ladrón.»

—Pero hombre de Dios, me replicaron, si las buenas acciones no se premian, nadie las hará?

Si tales obras se hacen con la esperanza de que las paguen, no son buenas, á no ser que queráis convertir las en mercancía y ponerlas á la venta.

No creáis por esto que me estrañaria el ver mañana en la *Gaceta oficial* una tarifa de los precios establecidos para pagar tales acciones. Y no tiene duda ninguna que apenas apareciera este arancel, habria mas moralidad de la que hay hoy.

¡Vaya! ¡Quién lo duda!

Voy á referiros, para concluir, lo que lei no há mucho en un periódico y os convencereis mas y mas de que apenas aparezca la *tarifa*, vamos á ser felices:

«La escena tiene lugar en el tribunal de policia correccional.

En medio del salon hay un delincuente, pero un delincuente cuyos antecedentes de honradez habian honor á un anacoreta. Ni una mancha en

su pasado, ni la mas leve sospecha respecto á su moralidad!

Todos los testigos están acordes en que el acusado es un modelo de hombres de bien, incapaz de hacer daño á una mosca.

Y no obstante, los cargos que sobre él pesan son terribles.

—Acusado, dice el presidente, ¿es cierto que le han cogido robando una cartera con billetes de Banco? ¿Es cierto que se han encontrado en su casa de usted tres portamonedas de la misma procedencia?

—Sí y no, señor presidente.

—Recuerde usted que se halla en presencia de la justicia, y que la justicia exige respuestas categóricas. ¿Ha robado usted esos objetos?

—No, señor presidente, yo no he robado en mi vida.

—Sin embargo, se le ha cogido á usted en el momento de *sustraer* una cartera.

—Es cierto, no puedo negarlo.

—Las pesquisas practicadas en el domicilio de usted, han dado por resultado el encuentro de tres portamonedas llenos de oro, los cuales no le pertenecen, segun acaba usted de confesar.

—Tampoco lo niego.

—¿Y no llama usted á eso robar?

—No, señor presidente.

—Entonces, ¿con qué intencion se ha apoderado usted de esos objetos?

—Con la intencion de devolverlos á sus dueños.

—Acusado, repito que este no es sitio de burlas, y que la justicia no quiere enigmas. ¿Por qué, teniendo la intencion de devolverlos no los ha dejado usted en el bolsillo de sus propietarios?

—Porque es preciso que cada cual se ingenie para vivir, señor presidente.

—Luego ¿confiesa usted el robo?

—No, señor presidente, no he robado. El robo no entra en mis principios..... Yo no tengo ninguna industria con qué ganarme un pedazo de pan. Soy padre de familia, tengo mujer é hijos...

—Nada de eso interesa al tribunal: al hecho.

—Pues bien, señor presidente, el hecho es que yo no robo nada á nadie, sino que ejerzo un oficio como Dios me dá á entender para buscarme la vida. Verdad es que me han encontrado cogiendo esa cartera, que he sustraído de muchos bolsillos dinero y billetes de Banco; pero siempre los he devuelto religiosamente, sin tomar un maravedí, y contentándome con el hallazgo que me daban las personas interesadas.»

Con esto concluí mi peroracion.

Ya sé que mis amigos dirian por lo bajo: «Este Blas es un loco y Pepe un tonto.»

—No me estraña, y creo que dentro de poco

tiempo pensaré yo lo mismo que ellos, si continúo viviendo en la córte.

Esta es la atmósfera que se respira, y no hay medio, ó acostumbrarse á vivir en ella, ó ahogarse.

No sé cuando volveré á escribirte. Creo que antes de dos meses tendrá el gusto de abrazarte tu amigo

BLAS.

JERÓNIMO LAFUENTE.

MARGARITA DE SERVÁN,

POR

la condesa de Mirabeau.

(Continuacion).

Al dia siguiente, Margarita, que trabajaba junto á la ventana de su cuarto entoldada de pámpanos y de jazmines, fué distraída de su labor por el ruido de cascabeles agitados con velocidad por el chasquido de un látigo que hendía el aire, avisando una entrada victoriosa, y por el galope de caballos lanzados á la carrera; un instante despues, vió pasar por el camino, á algunos pasos del presbiterio, una silla de posta en cuyo fondo apercibió á una bella dama y á un elegante jóven.

—Este debe ser mi futuro primo, y la condesa que hace la boda, pensó Margarita. ¡Dios mío! ¡qué cosa tan estraña! ¡casarse sin haberse visto nunca!

Dos dias mas tarde, la jóven, siguiendo su piadosa costumbre, fué despues de oír misa, pues era domingo, á visitar á los enfermos del pueblo, y á distribuirles algunos socorros que llevaba del presbiterio; ella misma curaba llagas, cuya vista hubiera hecho estremecer á otras mujeres; en este dia su última visita fué para un pobre soldado, que despues de haber dejado un brazo en la campaña de Rusia, habia vuelto á su aldea sin pan y sin socorro: los rusos le habian regalado ademas una bala en una pierna, cuya herida se abría con frecuencia.

Margarita fué en busca del inválido, que se hallaba sentado en un jardinillo situado á espaldas de su casita: le saludó con afecto, y despues, arrodillándose delante de él, renovó los vendajes de su pierna, y la envolvió en una larga venda de lienzo.

—Gracias, mi buena señorita, dijo el pobre herido: ¡Oh! ¡cuánto bien me haceis, y cuánto os debo! ¡cuándo vos estais aquí, el pobre Juan no sufre nada! ¡solo desearia que alguna alma caritativa me condujese á la sombra, y pasaria una deliciosa mañana; pero hé aquí que no puedo separarme del sol por mí mismo, y me hallo como San Lorenzo sobre sus parrillas!

Margarita miró al pobre inválido con expresión de profunda lástima: luego, recogiendo todo lo que le había servido para curarle, se levantó, pues aun permanecía de rodillas, y le dijo:

—Pobre Juan, yo no puedo llevaros á la sombra por mí sola; pero voy á buscar á alguno que me ayude, y se cumplirá vuestro deseo.

—No tendréis que buscar mucho, señorita, repuso detrás de la jóven una voz clara y sonora.

Margarita se ruborizó, volvióse con presteza, y vió á pocos pasos de ella á un extranjero de elegante presencia.

Acercóse al viejo inválido, y le prestó el auxilio de su brazo para conducirlo á la sombra. Margarita prestó tambien su ayuda, y el pobre Juan, se halló poco despues sentado bajo la sombra de una grande encina.

—¡Gracias, caballero! dijo el anciano breton: Dios os devuelva el bien que me habeis hecho: si sois casado, que él bendiga á vuestros hijos: si aun habeis de elegir compañera ¡quiera su bondad depararos una tan buena y generosa como la señorita de Serván!

Margarita permaneció silenciosa y confusa; en cuanto al extranjero, no se apercibió de su embarazo: para él, *la señorita de Serván* significaba la heredera del castillo: la bella Lucía de Courtavel.

El marqués de Saint-Servé, pues él era, se inclinó respetuosamente delante de Margarita, y la jóven desapareció ligeramente diciendo á su viejo enfermo:

—Hasta mañana.

VIII.

El prometido esposo de Lucía habia vivido en el mundo sin dejar en las espinas del camino ni una sola parte de las nobles y buenas cualidades que habia recibido al nacer: rico é independiente, veia desde muy alto á los hombres y á las cosas, sin participar de los caprichos del siglo. A los treinta años, pensó en casarse, y probó mas de una decepcion; la mayor parte de las jóvenes le inspiraban una antipatía mezclada de temor; veia detrás de una apariencia encantadora y tímida, corazones frios y egoistas, y cada dia sentia mas repulsion hácia los lazos del matrimonio, por lo mismo que lo consideraba como una union santa é indisoluble.

Una antigua amiga de su madre le habia pintado á Lucía de Courtavel, con colores tan bellos, que habia sentido renacer todas sus ilusiones, á pesar de creerlas muertas desde hacia mucho tiempo; llegó á Serván lleno de esperan-

zas; pero bien pronto las maneras secas y altivas de Lucía le desanimaron.

El tono singular y las franquezas inesplicables de Mme. de Courtavel le hirieron tambien; pero no quiso retirarse sin tener un motivo suficiente á rehusar la mano de la bella y opulenta heredera; queria, antes de dejar para siempre aquellos sitios, verlo y saberlo todo.

—¿Quién es esa jóven, que os cuida con tanto esmero? preguntó á Juan, luego que Margarita hubo desaparecido.

—Es la señorita de Serván, respondió el inválido: en otro tiempo, ella habitaba el castillo: hoy está muy pobre, y sin otro amparo que el que le dá en su casa el anciano cura de esta aldea!

—¿Conoceis á las señoras de Courtavel?

—Solo de verlas pasar, por aquí, señor: no son capaces ellas, ni aun de dar los buenos dias á los pobres como yo: ¡oh, no! no son por cierto como la angelical señorita que acabais de ver!

El marques dejó al breton, y volvió al castillo donde Lucía le esperaba impaciente: la jóven estaba aquel dia maravillosamente bella: hallábase sentada al piano en la mas estudiada postura: cada pliegue de su trage, y cada movimiento de sus dedos eran el resultado de sabias reflexiones: era una bellísima estátua, que fué admirada al primer golpe de vista por M. de Saint-Servé; pero bien pronto la dulce y pura imagen de Margarita, arrodillada delante del viejo inválido y curando su pierna, ocupó el lugar de su prometida, y creyó ver á la jóven envuelta en sus sombríos vestidos de luto colocarse al lado de la radiante Lucía, eclipsando toda su belleza.

Durante el almuerzo, el marqués habló de su encuentro de la mañana. Lucía frunció el ceño: Mme. de Courtavel dijo con su impertertable y cómica gravedad:

—¡Ah, sí! la jóven que habeis visto es una vecinita pobre como *Jacob*.

—Pero, observó la condesa d'Ericy, que se hallaba presente; si lleva el apellido de Serván, debe ser sobrina de vuestro esposo, mi querida amiga, y por consiguiente, prima mia en el mismo grado que esta hermosa niña.

La condesa d'Ericy dijo estas palabras dirigiendo á Lucía una graciosa sonrisa, preciso es decir que esta señora amaba á la jóven por espíritu de familia: admiraba su belleza, apreciaba su fortuna, y cerraba los ojos sobre todos sus defectos.

(Se continuará.)

(Arreglo del francés.)

MARIA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

SONETO.

Céfiro que vagáis de la enramada,
 En caprichoso jiro indiferente,
 Al áspera montaña y limpia fuente,
 Y césped blando, y flor abandonada;
 Si quereis ver mi vida reanimada,
 Que yerta hoy elama por su bien ausente,
 ¡Oh, céfiro! volad al inocente,
 Al casto seno de mi Elvira amada.
 Mi delirante juicio mal sofoca
 Esta pasion que me arrebató ciego;
 Volad, mi acento débil os invoca;
 Y despues que bebais todo aquel fuego,
 Y despues que robeis el de su boca,
 Tornad alegres y abrasadme luego.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuacion).

Al distinguir á los dos jóvenes á cuyo lado tenia que pasar, el recién venido hizo un movimiento de sorpresa y temor; pero despues, tranquilizado quizá por su apariencia, siguió adelante y llegó bien pronto junto á ellos.

Ya iba á cambiarles un saludo y á pasar sin detenerse, cuando Adrian, saliendo á su encuentro:

—No nos habíamos engañado, dijo; es el señor don Leopoldo Herrera, Julio.

—¡Ah! exclamó el anciano con un acento de satisfaccion, el hijo de mi querido Alonso y su amigo.

—Sí, sí, ellos mismos.

—¡Oh! me alegro; porque ustedes, sin duda, se dirigirán á la poblacion.

—Precisamente.

—Seguiremos juntos. Ya es tarde, é ir solo por estos caminos, sobre todo cuando no tardará en estallar la tormenta...

—Sí; es cosa enojosa.

—Para mí mucho á la verdad; pues temia...

Al decir esto, el señor Leopoldo se detuvo un instante, y pareció que con mano cuidadosa tocaba algun objeto que llevaba en los bolsillos de su paletó.

Adrian estrechó el brazo de Julio, cuyos labios aun no habian pronunciado una sola palabra.

—Mas, ¿cómo he tenido la dicha de hallarles en tal sitio en una noche como esta?

—Pech! no es todo debido á la casualidad.

—¿No? preguntó con estrañeza el de Herrera.

—No; mi amigo tenia que hablar á V., sabíamos que debia salir á estas horas del monasterio, y nos propusimos aguardarle.

—¡Ah! ¿lo sabian ustedes! dijo el anciano con un acento equívoco.

—Sí, desde esta mañana.

—Y podré saber?...

—¿Lo que desea Julio?

—Ciertamente.

—Preciso será, puesto que á eso hemos venido.

—Vamos, hable V., mientras podemos continuar andando, pues ya es de noche enteramente.

—Deténgase un instante. Aquí nadie puede oírnos.

—Pues acabemos, dijo el señor de Herrera un tanto descontento ya.

—Julio, puedes decir lo que solicitas á este caballero, murmuró Mendoza haciendo adelantar á su amigo.

—¡Ah! señor, exclamó este con voz temblorosa: me hallo en una situacion terrible y solo usted puede sacarme de ella.

—¿Yo? no entiendo...

—Por una impremeditacion de la juventud, por una desgracia que no he podido evitar, he contraido algunas deudas; deudas que necesito pagar en el angustioso término de tres dias.

—¿Y bien?

—Yo quisiera...

Adrian que comprendió la turbacion del hijo de D. Alonso, que le veia vacilar, acudió en su ayuda y dijo con un acento decidido y tranquilo:

—Si hubiese quien prestase algunas cantidades á Julio, solo por algunos meses, saldria del compromiso, y pasado algun tiempo satisfaria este empréstito con toda religiosidad.

—¿Y qué puedo yo hacer en eso?

—¡Oh! V. puede salvarme, facilitándome ese oro, dijo Julio con prontitud.

El anciano palideció densamente á esta proposicion, y estrechó instintivamente contra su seno unos papeles que guardaba en sus bolsillos.

Aquellos papeles eran billetes de Banco por valor de diez mil duros, y el señor de Herrera, preciso es decirlo, era un avaro terrible.

—Caballero, contestó dirigiéndose á Julio; mi caudal ha sufrido pérdidas considerables, y me es imposible, absolutamente imposible, satisfacer vuestros descos.

—No se niegue V. así: yo sé que ahora mismo, si quisiese, podria acceder á mi ruego.

—Sí, añadió Mendoza con acento de marcada intencion; sabemos que habia V. venido á cobrar una gran cantidad, la misma que lleva consigo; y por eso no dudamos que V. cederia á nuestras súplicas... á nuestras exigencias.

—Yo... yo... ¿ustedes saben...? pero ese dinero no es mio, yo nada tengo, nada.

Y aquel hombre, dominado por un terror inexplicable, echó á andar en direccion al molino,

cuyas luces se veían brillar á lo lejos en medio de la oscuridad.

—No nos deje así, exclamó el hijo de Padilla con angustia: V. es mi última esperanza y si la perdiera, no sé lo que haría.

—Caballero, aun tenemos que hablar, dijo Adrian interponiéndose al paso del anciano.

—Yo nada puedo añadir á lo que he dicho, y debo seguir mi camino.

—No, no se irá V. aun.

—Esto es una violencia.

—¿Cómo!

—Sí, es obligarme.....

La voz del señor Leopoldo temblaba al pronunciar estas palabras, y manifestaba claramente que empezaba á tener miedo.

Todo su anhelo era dejar aquel sitio, llegar á la ciudad, ó separarse de sus compañeros.

—Vamos, prosiguió Mendoza; es preciso que oiga las razones de Julio, pues de esta conversacion pende su porvenir, acaso su vida.

—Ya he dicho.....

—¿Que nada tenia? es verdad; pero como sabemos lo contrario...

—Señores, déjenme ustedes el paso, y no dén á esta entrevista el carácter de una asechanza.

—¿Qué se atreve á decir?

—Lo repito: esto es una violencia.

—Separémonos ya, exclamó Julio viendo el enojo retratado en las facciones de Adrian.

—V. comprende su deber mejor que su amigo, dijo Herrera dirigiéndose á Julio.

—¿Qué dice?

—Que tal conducta es indigna de un caballero.

Mendoza, lleno de enojo, iba á precipitarse sobre el señor de Herrera, pero Julio se interpuso y cogiendo á su amigo del brazo,

—Acabemos, dijo, y en nombre de Dios vámonos le aquí.

—No: he jurado que este hombre te facilitaría los medios de pagar tus deudas, y vive el cielo que lo hará aunque tenga que obligarle á ello de cualquier modo.

—¿Adrian!

—Le daremos tu firma, la mía; pero es forzoso que él nos dé su oro.

Y Mendoza cogió con fuerza el brazo del anciano y le sujetó á su pesar.

—Paso, paso, dijo este; no quiero permanecer mas tiempo aquí.

—Y yo digo que sí; que es indispensable.

El señor Leopoldo, desesperado y en el último grado del terror, quiso desasirse á toda costa de los que así le violentaban, y sacando resolucion de su misma debilidad para terminar de una vez, dió dos pasos atrás, y agitando en su mano una arma de fuego;

—Paso, dijo, paso, ó les trataré á ustedes como trataría á infames ladrones.

Y se dispuso á disparar sobre los jóvenes.

Pero Mendoza, ciego de furor al verse insultado así y al pensar que no habia medio de conseguir nada de aquel hombre, estinguíendose por consiguiente su última esperanza;

—Quieto, repuso, y se precipitó sobre él, sacudiéndole con tal violencia, que hizo saltar el arma de su mano.

—Adrian, Adrian, ¿qué vas á hacer? exclamó Padilla espantado; deja á ese anciano.

—Miserable!.... ¡socorro! gritó este con voz trémula.

—¿Sil encio!

—No, no callaré; ¡socorro, asesinos, ladrones!

—Este hombre nos va á perder.

—Le van á oír desde el molino, quedaremos deshonrados.

—Déjale; yo no puedo asistir por mas tiempo á semejante escena, dijo Julio; y se dispuso á partir.

Herrera, al pensar que iba á quedar solo con Adrian, hizo un esfuerzo violento y dió un nuevo grito; pero ¡ay! su voz quedó apagada, y con el ruido lejano de un trueno espantoso, se confundió en el espacio la explosion de un pistoletazo.

El anciano vaciló un segundo, se llevó las dos manos al pecho... despues, sus brazos cayeron inertes y él rodó desplomado por el suelo: era un cadáver.

La bala que habia hecho enmudecer su acento, le habia atravesado el corazon.

CAPÍTULO VII.

El ruido de aquella detonacion detuvo los pasos de Julio, que quedó clavado en su puesto.

Adrian tambien se mantuvo inmóvil ante aquel impremeditado crimen.

El relámpago brillaba á lo lejos sucediéndose con mayor rapidez: el trueno, agitándose en las nubes, remedaba la voz de Dios, ante quien nada queda oculto, que acusaba al asesino; la lluvia empezaba á caer con mas fuerza, regando los desiertos campos; la lluvia que era entonces el triste llanto de la naturaleza que lamentaba la muerte de un hombre.

—¿Qué has hecho? murmuró Julio con el cabello erizado y dirigiéndose á su amigo.

—Iba á perdernos, replicó este ya un poco re- puesto: su voz hubiera atraído gente y todo se hubiera hecho público.

—Y ese cadáver ¿no nos descubrirá mas?

—Ese cadáver... por fortuna estamos solos y nadie puede saber...

Mendoza se detuvo, dirigió en torno una mirada, escuchó con avidez, y se tranquilizó mas aun.

Aquel hombre sin vida estaba allí, tendido á sus piés: habia entregado su alma á Dios, á Dios que miraba desde el cielo á su asesino.

Pero, como habia dicho bien, estaban solos; la justicia de los hombres podia ser burlada; ¿qué importaba lo demás?

Adrian, pues, solo pensó en ocultar mas aquel homicidio.

—Vamos, dijo á su amigo, serénate. En todo caso estamos salvados: el dinero le llevaba sin duda en buenos billetes de Banco.

—¡Cómo! ¿te atreverías?..

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

Trajes de verano.

FIG. 1.^a—Vestido de pelo de cabra de color llamado *gris de sol*, y que viene á ser cuero subido: la costura de cada paño está adornada de un doble bies de tafetan de un color mas fuerte: este adorno continúa en la parte inferior de la falda, y está dividido por un grueso cordón de seda negra: cada costura se abre un poco en la parte de abajo de la falda, y se dobla en forma de solapas, dejando un hueco que se llena con una pirámide de la tela del vestido, adornada por tres volantitos de tafetan que disminuyen en anchura.

Cuerpo llamado *guardia-francesa* de forma figaro por delante, y que descende por detrás en largos faldones que se doblan sobre sí mismos figurando solapas; las mismas solapas, pero mas pequeñas, forman la hombrera, la parte inferior de la manga y el pecho; este lleva además tres botones de seda en cada lado, y se cierra en los dos de la parte superior, por medio de una presilla de cordón negro; corlon igual, acompañado de bieses de tafetan, guarnece toda la casaca y las mangas de la misma.

Camiseta interior de batista y encajes, que forman valona, bajan á guarnecer el pecho, y adornan la manga de codo cerrada por dos botones de coral y oro.

Pendientes de coral.

Esta linda figura tiene en el brazo un chal de blonda llamado *yak* que completa su traje, y en la mano un sombrero con el ala de paja de arroz, bordeada de terciopelo malva y encaje negro; del contorno sale tambien una pequeña franja de felpilla, que cae sobre la frente.

El casco de este sombrero está formado por bullones de crespon malva, alternados con entredoses de encaje negro: en la union del ala y

el casco, va colocada con mucha gracia una mazorca de lilas y uvas negras, con largas hojas verdes: bridas de seda malva.

Guantes amarillos.

Podemos asegurar á nuestras suscriptoras de la gran novedad y gracia de este traje, que conviene á todas las edades y á todos los estados, y les haremos una sola observacion: los faldones no son para trajes de vestir, y el buen tono los admite solo en las reuniones de confianza para recibir y para conida: donde reinan exclusivamente es en los trajes de campo, y como de oportunidad en la ocasion presente, hemos pedido este lindo modelo.

FIG. 2.^a—Vestido de seda blanca, con rayitas Pekin azules: la parte inferior de la falda está adornada con estrellas formadas por un volantito de tafetan azul de cielo como las rayitas: en el borde de aquella va pegado otro volantito igual al que forma las estrellas.

Cuerpo alto con peto detrás y delante, este último bastante largo y abierto: dos volantes, azules figuran una vesta figaro, siguiendo por detrás la forma del peto: este cuerpo está cerrado por botones azules de glasé.

Mangas ajustadas de codo un poco abiertas en su parte inferior y esta adornada por dos volantitos azules: el *jokey* está formado por una estrella mas pequeña que las de la falda.

Cuello de batista guarnecido de un ancho encaje, y mangas interiores con puños iguales.

Guantes color de carne.

Completa este traje una pequeña talma en cachemira azul guarnecida de un doble ruche de tafetan azul recortado, cuya confeccion se vé sobre el respaldo del asiento que ocupa esta figura.

Al contrario del traje anteriormente descrito, este nos parece del mas gracioso esmero para visita, paseo, teatro y sociedad de confianza: es adoptable, desde las dos de la tarde, hora en que regularmente se viste una dama elegante para recibir, y algunas horas despues, para salir en carruaje, añadiéndole, en vez de la pelerina, un chal de encaje negro ó de museлина bordada y un sombrero blanco ó azul: en suma, es uno de esos trajes que prestan variados servicios y que reúnen la sencillez, la comodidad y la elegancia.

Le creemos encantador para todas las jóvenes rubias, y sobre todo para señorita muy joven, por su delicadeza y frescura.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1861.—IMPRENTA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.